

BX1751

A1
W4
v.9

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TOPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

INTRODUCCIÓN

1. **Ministerio y suerte del profeta.**—«Y gritó como león: Yo estoy de centinela de parte del Señor:—dice el Profeta—de día permanezco aquí continuamente, y estoy pasando en mi puesto las noches enteras». ⁽¹⁾ «Porque el Señor me ha dicho: Hijo del hombre, yo te he puesto por centinela; ve á los hijos de Israel, y de mi boca oirás mis palabras, y se las anunciarás á ellos de mi parte». ⁽²⁾ «Yo estaré alerta *entre tanto*, haciendo mi centinela, y estaré firme sobre el muro, para ver lo que se me dirá. Pero siempre se cumplirá una sola palabra: una piedra de escándalo, un hombre de contradicción para todo el mundo». ⁽³⁾ «Y si pregunto qué debo responder al que me reprenda, entonces el Señor me dice: Escribe la visión y nócala en las tablillas para que se pueda leer corrientemente. Porque la visión es cosa todavía lejana; más ella al fin se cumplirá, y no saldrá fallida. Si tardare, espérala; que el que ha de venir, vendrá, y no tardará. Mira que el que es incrédulo no tiene dentro de sí un alma justa. El justo, pues, en su fe vivirá». ⁽⁴⁾

Tal es el ministerio del profeta, y tal su destino.

Ciertamente, es sublime ministerio ser centinela del Señor; pero es ministerio nada agradable, y toda persona prudente cuidará bien de no usurparlo. Al presente, todo es motivo de aflicción para el profeta. ¿Recibe del Señor encargo de vituperar? Atráese malquerencia y contradic-

(1) Is., XXI, 8.

(2) Ezech., III, 17, 4; XXXIII, 7.

(3) Is., VIII, 14. Jr., XV, 10.

(4) Hab., II, 1 y sig.

008980

ción. ¿Glorifica un pasado mejor que ya no existe? ¿Sueña con tiempos venideros, en los cuales el pueblo de Dios será un pueblo santo? Sarcasmo y burla recoge. ¿De qué tiempos, de qué gentes propónese hablar? Parece moverse en medio de los aires; permite que su imaginación intente con cosas que no son para este mundo. ¿Quién sabe si las exageraciones de mal entendida piedad no le han trastornado de tal suerte la cabeza, que no resulta responsable de sus actos?

Nada extraño, pues, que el hombre de Dios se duela en estos términos: «La palabra del Señor hízose para mí objeto de oprobio y burla durante el día entero». ⁽¹⁾

Pero por más que piense y diga: «Señor mi Dios, no puedo hablar; no soy sino un niño; ⁽²⁾ no soy profeta, ni hijo de profeta; ⁽³⁾ no nombraré al Señor, no volveré á hablar en su nombre». ⁽⁴⁾

Es inútil. La respuesta siempre es esta: «Vete y habla como profeta á mi pueblo de Israel; ⁽⁵⁾ no digas: soy un niño, pues irás por do quiera que te envíe, y dirás lo que te mande decir». ⁽⁶⁾

¡Amarga suerte, y, no obstante, digna de ser envidiada!

Entre todos los profetas cuyas palabras acabamos de citar, es Jeremías único en su género. Otros fueron apedreados, y después, seguidamente, honrados con soberbios monumentos. Á él, persiguiósele durante su vida, y por más de que haya mucho tiempo que ha alcanzado el ser glorificado, aun hoy día su nombre es objeto de burlas entre las almas pequeñas, para quienes su palabra es sobrado elevada y demasiado dura. He ahí lo que ganó con ser «puesto á manera de fuerte ciudad, como férrea columna y muro de bronce», ⁽⁷⁾ para defender la verdad y el honor de Dios.

(1) Jer., XX, 8.—(2) Jer., I, 6.

(3) Amos, VII, 14.

(4) Jer., XX, 9.

(5) Amos, VII, 15.

(6) Jer., I, 7.

(7) Jer., I, 18.

2. Labor completa del apologista.—Los profetas murieron; más el profetismo continúa, y no desaparecerá en tanto que haya una Iglesia de Dios. ⁽¹⁾ Si no tiene, como antes de ahora, la misión de hacer saber á los hombres la divina voluntad, quédale siempre la tarea de ordenar las costumbres de los cristianos. ⁽²⁾

Por eso la Iglesia no cesa, aun cuando participa siempre de la suerte de los profetas, de predicar como ellos la penitencia y la piedad.

Es igualmente un terreno en el cual no debe dudar el apologista un solo instante defenderla, una labor en la cual debe sostenerla. Á un mundo que se mofa de Dios y de la inmortalidad, que alaba la usura y la inmoralidad, que no reconoce, digámoslo así, más que la religión de Mamón y de la comodidad, necesario es en gran manera hacerle ver claramente, que, por encima del término de sus aspiraciones, dase un fin todavía mucho más alto, que aun hoy día es un deber el aspirar á la perfección y á la santidad, que de todas las obligaciones que reclaman las necesidades de la época, la más imperiosa está en resucitar la ciencia y el arte de los santos.

Por extraña que pueda parecer esta frase, eso no nos impide que la digamos con tono firme y resuelto. Lo que en esta época parece más extraño, es precisamente aquello de que más necesita; y lo que parece no serle grato, es ordinariamente lo que más falta le hace.

Pues bien, rara vez se dió época en que más necesario fuese decir que el pecado sigue siendo pecado, y que el ser santos es para nosotros tan apremiante deber como lo fué para nuestros padres.

¿Á quién somos deudores de esa necesidad? Al mundo y á nosotros mismos. Á causa de sobrado exageradas contemplaciones con los sensibles oídos del primero, pasó tanto tiempo sin que se hablase de perfección y de santidad,

(1) Chrysost., I Cor., *hom.*, 32, 1. Gregor. Mag., *Mor.*, 1, 50. Bellarmin., *De Eccl.*, 4, 15. Gravina, *Lapis Lyd.*, p. 1, l. 1, c. 2. Schram, *Theol. Myst.*, § 555.

(2) Thomas, 2, 2, q. 174, a. 6, ad 3.

que sólo estos nombres nos asustan, y que es cosa de preguntar cómo es dado tratar de semejantes materias en una obra destinada á defender la vida cristiana. Por otra parte, ¿no hemos vivido sobrado largo tiempo en la ilusión de que, para cumplir enteramente nuestra tarea, bastaba con evitar las más graves infracciones de los preceptos divinos, y con satisfacer las exigencias más indispensables de su ley?

Desde el punto de vista práctico, hallámonos manifiestamente dominados por la funesta tendencia que por tanto tiempo rigió las almas desde el punto de vista teórico.

En época todavía no muy distante de la nuestra, creíase que la única labor del apologista consistía en demostrar que á nosotros, cristianos, el Hijo de Dios nos había enseñado muy pocas cosas fuera de las verdades descubiertas por el filósofo razonable, y de la moral practicada por el pagano honrado.

Tal era igualmente la creencia de muchos minimistas. Suprimir del Cristianismo cuanto es posible restarle; reducir al silencio cuanto es posible hacer que calle en él, después aceptarlo de esa suerte aminorado, mutilado, despojado de su aderezo, era según ellos, excelente medio para acomodarle á los gustos de la época.

Difícil sería encontrar mayor envilecimiento de la encarnación de Jesucristo, por no decir más patente prueba de que Dios hubiera podido ahorrarse el trabajo de fundar una religión, y, por consiguiente, que no pudo fundar una especial.

La venida de Jesucristo como maestro no era oportuna, de no enseñar verdades y no dar leyes que excedieran en mucho lo que en nosotros poseemos. Y su religión no tiene derecho á la existencia, ni tiene objeto, como no exija de nosotros, no solamente lo que la filosofía y las demás religiones piden, sino algo más elevado, superior á las exigencias de la vida ordinaria.

El mundo no debe, pues, admirarse de que hagamos resaltar, con toda la fuerza de que somos capaces, el as-

pecto sobrenatural del Cristianismo. Por el contrario, verá que es el único medio de atraerle la atención y el respeto. ⁽¹⁾

3. La doctrina referente á la perfección es parte esencial de la apologética.—Resulta, pues, de esto que una apología del Cristianismo, en cuanto es espíritu y vida, en manera alguna debe evitar el exponer la doctrina de la perfección.

Y eso por doble motivo.

Primeramente, porque, según lo que acabamos de manifestar, fuera desmochar el árbol de la vida cristiana, y sustraerle la médula, si se pretendiese hacer abstracción de ese asunto.

Además, porque no se haría suficientemente notar que el deber de aspirar á la perfección y á la santidad, no es cosa tan extraordinaria como se cree, por desgracia, con sobrada frecuencia.

No hay dos morales. No se da sino una sola ley que obliga á todos sin excepción á observarla de manera tan perfecta cuanto es posible. Quien cumple el menor de sus preceptos con toda la fidelidad de que es capaz, no debe mirar desdeñosamente al principiante que ensaya sus primeros pasos por ese camino para él nuevo. Ambos van por la misma vía.

La perfección no es algo accesorio, que acompañe ó exceda á los demás deberes del hombre y del cristiano. Tampoco es una obligación especial, sino únicamente el esfuerzo hecho para llenar de la manera más formal, y en la más amplia medida, todas las obligaciones que el hombre está precisado á cumplir en este mundo: deberes de su estado, deberes como hombre, como ciudadano y como cristiano, práctica de la justicia y de la caridad, de la

(1) Hay, entre los modernos, el empeño ridículo de establecer la moral evangélica, prescindiendo del Dogma; tanto vale querer levantar maravillosa fábrica, sin cimientos que la sostengan. No se da piedad sólida sin fundamento dogmático; por eso son tan dignas de leerse las profundas obras de Monseñor Gay y los doctos y hermosos libros del Abate Sauvé.—
Nota del Traductor.

virtud y de la religión naturales y sobrenaturales. ⁽¹⁾

En el fondo, el fin de la perfección es cuanto hay de más sencillo y accesible.

Aun cuando no comprendiese,—y esto ante todo,—la virtud sobrenatural, nos atreveríamos á decir que la obligación de conseguirla es el deber más natural de cada uno. De todos modos, consiste en el resumen breve de todos los deberes. Formar un hombre completo, un perfecto cristiano, una naturaleza completa; unir íntimamente lo natural con lo sobrenatural, verdadero y completo, he ahí lo que pretende, ni más ni menos.

Si la perfección pide que hagamos la guerra á toda mediocridad y á toda inconsecuencia; si pide que exterminemos la desventurada tendencia de nuestro corazón, en virtud de la cual nos dejamos tan de buen grado ir á las cosas como se nos presentan, en satisfacernos con las apariencias y con el primer resultado obtenido; si reclama imperiosamente de nosotros la acción y la perseverancia en esa acción, hasta que el objeto á nosotros por ella propuesto se haya alcanzado, ¿qué exige entonces que no se halle de acuerdo con los datos de la razón y las aspiraciones de la voluntad? ¿Quién podría citar cosa por él más estimada, que más ardientemente desee poseer, y cuya privación se perdona menos á sí mismo?

Refiérese que San Felipe Neri manifestó cierto día que consideraba la sinceridad y la honradez, ó la rectitud en el pensar, en la palabra y en la acción, como base y cumbre de toda virtud. No hemos hallado en sus obras pasaje que refiera esas palabras; pero, sean ó no suyas, quien se las atribuye dijo siempre la verdad.

En efecto, la perfección no es otra cosa que la formalidad, la verdad, la sinceridad, la lógica en todo cuanto es deber del hombre y del cristiano.

(1) Sobre el recto sentido que debe darse á la idea de perfección es necesario grandísima prudencia. Este punto puede verse hermosamente tratado en la Filotea de San Francisco de Sales, y en el opúsculo destinado á las personas escrupulosas, por Cuadrupani.—N. del T.

¿No es legítimar por adelantado el lugar que la perfección cristiana debe ocupar en una apología del Cristianismo? ¿Qué asuntos fuera dado tratar bien en ella si este se omitiera?

4. Imposibilidad de separar del Cristianismo la perfección.—Renunciar á la perfección, atacarla, del propio modo que á los medios que permiten lograrla, es, pues, un intento de homicidio cometido contra la religión, el Cristianismo y la Iglesia.

No hay duda que esta verdad es dura; mas poco importa. Necesario es decirla muy alto. Pues, de una parte, el Cristianismo perdió algo de su influencia en el mundo, y de otra, búscase por todas partes la causa de esa pérdida, menos en donde realmente está.

Actualmente, sepárase todo del Cristianismo: el Estado, la ciencia y la escuela. Abrumado bajo el peso de la convicción de que no es una Iglesia, el protestantismo llegó hasta sostener que la Iglesia y la religión son cosas enteramente diversas. ⁽¹⁾ Solamente faltaba separar la religión de la virtud. Pues bien, el Protestantismo ha igualmente abierto el camino en tal sentido, y el racionalismo demostró que era digno hijo suyo. Ambos no hicieron más que colocar minas por diversos lados. Si el primero enseñó que la fe sola lo es todo, que las obras más bien dañan que aprovechan, el otro ha proclamado que sólo la honradez basta, y que el hombre sensato no se cuida ni de la fe ni de la religión.

Huelga decir que equivale á herir en el corazón al Cristianismo, si no se le deja siquiera la honradez de la vida y la justicia.

¿Pero no se puede ser cristiano, sin que por eso se haga necesario entusiasmarse por la santidad y ser un santo? ¿Acaso es dar muerte al Cristianismo por el hecho mismo de sustraerle algunos medios propios para favorecer la perfección entre algunas personas?

(1) Desgraciadamente no sólo el Protestantismo; V. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 312.

Tales son, por lo regular, las razones con que se justifican nuestros ministros del culto y nuestros políticos de iglesia, cuando se les echa en cara que se oponen á la circulación de la vida cristiana. «Lejos de nosotros—dicen—el pensamiento de querer mal á la religión. ¿Carecemos de la suficiente perspicacia para comprender la locura que comete el racionalismo, queriendo separar la religión de la moral? Para decirlo con franqueza, la única razón que tenemos para sostener la religión está en que el pueblo paga más cumplidamente los impuestos, y no estorba la marcha de la máquina del Estado, valiéndose del petróleo y de la dinamita, si en su corazón guarda sentimientos religiosos. Únicamente no conviene dejarle saborear el gozo que en esa religión encuentra, ni permitirle que tenga sentimientos sobrado elevados tocante á su calidad de cristiano. Tórtola domesticada, cuyas necesidades vense satisfechas cuando recibe diariamente su alimento en la jaula, y que llega al colmo del bienestar, cuando su dueño de vez en cuando la acaricia con sus rudas manos, he ahí nuestro ideal tratándose de la Iglesia. Mas no nos fuera conveniente un pichón fugitivo, al que se le ocurriese lanzarse del arca del Estado á las alturas vertiginosas del cielo. Ó bien, en tal caso, habría necesidad de tomar oportunamente precauciones para que tal no sucediese, cortarle las alas, arrancarle plumas en suficiente cantidad para detener su ímpetu, sin dañarle, no obstante, demasiado. Únicamente en este caso,—por lo menos según nuestras ideas—resultaría un animal doméstico á propósito para alcanzar el fin que nos proponemos. Procediendo de esta suerte, ¿qué se le quita que le sea esencial? Lo mismo acontece con el Cristianismo. ¿Por ventura se le causa la muerte con suprimir todas las excrecencias inútiles que hicieron asiento en su cuerpo? ¿Para qué sirve esa multitud de Órdenes religiosas? ¿Acaso la religión tiene que ver algo con los retiros, peregrinaciones y misiones? ¿Y los santos? ¿Hácennos falta? Lo que queremos son ciudadanos pacíficos, cristianos modestos, que no tengan

pretensiones sobrado elevadas en cuanto á los bienes temporales y á las satisfacciones de su piedad. Por eso disponemos nuestras leyes, y toda la educación del pueblo, de tal suerte que no sienta el cristiano demasiada necesidad del confesonario, de sacristía y de altar. Además, mejor quisiéramos que no se hablara de nada de eso».

Confesémoslo; es este un lenguaje que no podemos aprobar en esos hombres de Estado.

Con todo, hallamos siempre en nuestras propias filas gente impregnada de laicismo, fanfarrones ó cobardes cortesanos que dicen *sí* y *amen* á todo, personas que, con pena lo decimos, se olvidan hasta el punto de animar con sus consejos y con su apoyo á los representantes de esa causa, y eso en nombre de la teología, del derecho canónico y aun de la disciplina eclesiástica.

Si, por otra parte, consideramos la flojedad que damos á nuestras contestaciones, el aprieto en que tales propósitos nos ponen, las reticencias á que dan margen, ¿con qué derecho entonces nos atreveríamos á censurarles? «Sí,—dicen—es cierto, la fe cristiana puede muy bien existir sin Órdenes religiosas, sin escolástica, sin mística y sin todas esas devociones pueriles que la invaden. No hay duda de que las cosas extraordinarias son un ornamento para la Iglesia; prestan á la religión cierto aroma poético, y á la piedad un impulso del cual muchos no acertarían á prescindir de buena gana. Pero no se requieren en manera alguna para su existencia. Puede vivir perfectamente, suponiendo que el Estado se contente con proveer de maestros á las cátedras, de curas á las parroquias, y con pagar con exactitud los haberes de unos y otros. No hay duda de que no se da inconveniente alguno en pedir de vez en cuando el concurso de algunos religiosos, pero, generalmente, conviene observar en ese punto prudente reserva, sobre todo cuando son demasíadamente inquietos. Son gente que no se amoldan jamás por entero á las miras de la administración, y que turban fácilmente la marcha regular de las cancillerías. Por otra parte, no tienen conocimiento algu-